

027. El anuncio del Reino

Una anécdota de la vida de San Juan Bosco nos va a dar la inspiración para el mensaje de hoy.

Estaba moribundo su hermano José, y San Juan Bosco, al enterarse, corre junto al lecho del paciente, que le pregunta:

- *Juan, Juan, ¿qué me traes?*

Y San Juan Bosco, con aquella su fe profunda:

- *¿Qué te traigo, mi querido hermano? ¡Te traigo el Reino de Dios!*

Esta palabra nos lleva ahora a pensar en la gran *ilusión* de Dios. En su *ideal*, vamos a hablar así. Porque Dios no acarició otra idea que traer a la tierra el Reino suyo, el Reino de los Cielos, el Reino de Dios. El mismo Dios lo llama *La Buena Noticia*, porque esto significa la palabra griega *Evangelio*. Jesús, empieza a proclamarlo con gozo:

- *El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Convertíos, y creed en la Buena Nueva* (Marcos 1,15)

El Reino va a ser la obra de Dios. El Padre Eterno tiene la idea de congregar en una familia suya a toda la Humanidad dispersa. Manda su Hijo al mundo para que lleve a cabo esta misión. Y el Espíritu Santo, como atestigua el mismo Jesús, lo llena, lo unge, y lo manda:

- *El Espíritu de Dios sobre mí, porque me ha ungido y me manda a anunciar a los pobres la Buena Noticia* (Lucas 04,106)

Y los pobres éramos todos nosotros, que por el pecado estábamos más que agónicos en el lecho de muerte, pero Jesucristo nos traía la vida del Reino.

El Catecismo de la Iglesia Católica (541-546) nos precisa bien la idea. El Padre, por obra del Espíritu Santo, *reúne a los hombres en torno a su Hijo, Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra el germen y el comienzo del Reino de Dios.*

¿Quiénes van a ser los llamados? Todos los hombres, porque *Dios quiere que todos se salven y que todos vengan al conocimiento de la verdad, ya que recibió la Sangre de su Hijo por la salvación de todos sin excluir a nadie* (2Timoteo 2,4)

La pregunta inquietante será siempre la misma. Dios quiere la salvación de todos. Pero, ¿aceptarán todos el Reino? ¿Querrán todos entrar en la Iglesia, una vez conocida? Los que ya están en la Iglesia, ¿perseverarán en ella, no querrán escaparse?...

El Reino de Dios tiene unos candidatos especialmente escogidos. Son los *pobres* y los *pequeños*, es decir, los que acogen el Reino con un corazón humilde. Son los que no discuten con Dios, como el niño pequeño que no discute con el papá, porque el papá lo sabe todo... Mientras el hombre se conserva niño ante Dios, el Reino de los Cielos no ofrece dificultad y la puerta se traspasa con toda normalidad.

Pero apenas la soberbia se mete en el corazón, y el hombre quiere hacerse dios de sí mismo —rechazando la Palabra de Dios, discutiéndola, aceptando unas cosas sí y otras no, según le vengan bien o mal— entonces empiezan a cerrarse automáticamente, y por propio impulso, las puertas del Reino. El soberbio está metido en un reino que él mismo se ha creado, y no en el Reino proclamado por Jesucristo. La Iglesia, siempre la Iglesia, es el gran signo y el gran medio para la vida del Reino.

Si el hecho de Melancthon no fuera seriamente histórico, no lo contaríamos tanto. Melancthon fue el gran colaborador de Lutero. Cuando su madre estaba moribunda, recibió la confidencia más grave:

- *Hijo mío, ¿cómo quieres que muera, como católica o conforme a vuestra nueva religión?*

Melancthon no tuvo alma para mentir al ser más querido, y le dio la tan conocida respuesta:

- *Madre, la nueva religión es más cómoda para vivir; pero, para morir, la católica es la segura.*

Todos están llamados al Reino y a todos se les abren las puertas de la Iglesia. No quedan excluidos los *pecadores*, porque pecadores somos todos, y a todos nos invita Jesucristo:

- *Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores* (Lucas 5,32)

Porque los pecadores, que nos quisimos escapar del dominio de Dios, somos invitados siempre:

- *¡Venid, entrad!...*

Y vemos cómo la Iglesia sigue la misma norma del Señor. Precisamente en la Iglesia encuentran los pecadores el perdón y la salvación.

Cuando hablamos del *Reino de Dios* con la expresión del Evangelio, contemplamos el Reino en sus dos dimensiones: en la temporal y en la eterna. El Reino de Dios se inicia en este mundo, lo anuncia, lo proclama y lo instaura Jesucristo en su Persona, con su predicación y su misterio pascual de la muerte y de la resurrección. Pero ese Reino no es para este mundo, sino para otro futuro. Aquí en la tierra preparamos el Reino, trabajamos por él, pero se consumará glorioso al final de los tiempos.

Fernando, el rey esposo de Isabel la Católica, los padres del descubrimiento de nuestra América, se encuentra junto al lecho donde agoniza su hijo, que hubiera sido el heredero de vastísimos reinos, y le dice con fe grande:

- *Hijo mío muy querido, te llama Dios, que es mayor Rey que ningún otro y tiene otros reinos y señoríos mayores y mejores que éstos que tú esperabas e ibas a heredar.*

Es cierto. El Reino de Dios, el Reino de los Cielos proclamado por Jesucristo, el que nos promete y nos da a nosotros, ese Reino viene de arriba y no lo ofrecen los grandes de la tierra...